

LA VOZ DE LA CARIDAD.

N.º 159.—15 de Octubre de 1876.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

FLORES MENUDAS.

JUANA.

¡Pobre Juana! ¡Cuánto le quiso! Y él, ¡cuánto la lloró! Anciana ya, y en sus postrimeros años, concedióle Dios tenerla en su propio hogar, logrando el consuelo de cerrar por su mano aquellos ojos que tantas vigiliass habian soportado por asistirle en los primeros de su infancia.

Es precioso arcano de los más puros, constantes y heróicos afectos el corazon de la mujer. Cuando niña y en la juvenil edad, ora como hija ó como compañera de nuestra vida, ya tierna nodriza ó bien reina de los amores con el santo nombre de madre, la mujer es en el mundo la paciente y celosa guardiana de la vida íntima del sentimiento. Sin ella la sociedad moral se evaporaría, menesterosa del hálito de ternura, del atractivo de adhesion y del núcleo de perseverancia, que se hallan á toda hora en las almas escogidas por Dios para nuestro sosten y mejoramiento, en las almas de la madre, la hermana, la amante, la esposa. Sin ella tampoco ardería perennemente en medio de las sociedades tranquilas, como en las más corrompidas ó agitadas, el incienso purificador de la oracion sagrada y la viva fé religiosa, que así en la familia como en el claustro, sana y salva tantas veces á los pueblos y conserva las ideas, providencialmente destinadas á salud y salvacion tan preciosas.

La nodriza y el aya de la primera infancia conviértense á menudo en una especie de segundas madres, y llegan á serlo

de veras, como lo fué la pobre Juana. De tierno corazón y dulce carácter, paciente y serena, crió á un niño, á quien desde el nacer, hasta que se despidió de él con el adios solemne y triste que se da en los umbrales de la eternidad, llamó siempre *hijo*. A este es al que tanto quiso; y este es el que tanto la lloró. Día y noche le meció en la cuna, le arrulló en sus brazos, le acalló mil veces en sus angustias infantiles, guió sus pasos primeros, y le acarició en su propio lecho ó en su casi maternal regazo.

Ya se vé; con tales y tan constantes oficios de solícito cariño, ¿á quién podrá causar extrañeza que aquel corazoncito se apegara fuertemente al de su protectora y guía? Verla y asir su mano era su constante afición. Seguirle á todas partes, su afán continuo. Cuando por ventura se ausentaba, nublábase para el niño el cielo: reaparecía, y se inundaba con raudales de júbilo su cándido semblante. Bien me acuerdo: una noche, cuando el niño contaba apenas el primer lustro de su inocente edad, Juana se dispuso á partir de la casa, á la que habia de regresar sin falta á la mañana siguiente. Esquivó con sagaz ternura la atención del rapaz; pero no tanto que al atravesar el umbral de la casa no saliera éste corriendo y gritando, y la alcanzara y se asiera de sus vestidos y prorumpiera en el más amargo y clamoroso llanto. No hubo medio de acallar aquella verdadera congoja, y fué menester asociarle al nocturno viaje. La cariñosa Juana cubrió de besos aquel rostro surcado de lágrimas, enjugó aquellos ojos afligidos, asió aquella manecilla agarrada fuertemente á su ropaje, y se llevó al niño, lleno con esto de indecible consuelo. Y, claro es, con un pequeño ardid, propiamente maternal, entró con él en la primera tienda de golosinas que halló al paso, compróle dos cuartos de anises, y haciéndole poseedor exclusivo de aquel inesperado tesoro, le preguntó con insinuante modo y entre una nueva lluvia de besos: ¿quieres, hijo mio, que te lleve yo mismo á casa, para que te comas allí los anises? Sí, hijo mio, yo volveré pronto.—Sí, bueno,—dijo el niño. El pacto estaba formado sobre la sólida y oportuna base de los dos cuartos de anises. Y se cumplió. Durmióse luego el niño; y á la mañana siguiente rió de alegría al despertar, viendo á Juana que besaba su blanca frente y le suspendía con amor en sus brazos.

Nunca se sentó á la mesa, ni en la casa de sus señores, ni en la pobrísima suya, sin apartar en un platito el mejor bocado para *su hijo*. ¡Cuántas veces le decia con acento sencillo y la más vi-

va expresion de sinceridad: «quisiera tener los mayorazgos del mundo para dejártelos á tí, hijo mio!» Y creció el niño; y fuése lejos á proseguir su educacion en los colegios de una capital. ¡Qué alegría la de Juana á cada regreso en el tiempo de vacaciones! ¡Qué abrazo aquel, qué abrazo de madre! ¡Qué lágrima furtiva de alegría y ternura corria por aquella mejilla, en que tantas veces habian jugueteado las manecillas del colegial futuro! Mientras éste, ya convertido en colegial de presente hecho y derecho permanecia en la casa paterna, era sabido: nadie más que Juana cuidaba de su persona, de arreglar su lecho, de indagar qué manjares apetecia. Y, mientras la helada vejez, la decrepitud, que en Juana fué muy tardía, no vino á estorbarlo, nadie le disputó este derecho. A duras penas se avino á no tener á su cargo una parte principal de las faenas y menesteres de la casa de *su hijo*, cuando éste, ya casado, y su esposa ternísima, se opusieron á que hiciera otra cosa que descansar en su edad casi octogenaria. «No te enfades, hijo mio,» era su expresion favorita cuando le veia apesadumbrado: «¿qué tienes?» cuando estaba triste. Y todo esto con el acento inequívoco de autoridad y ternura, que dan á la frase de mujer los sagrados derechos de madre.

Murió de ochenta y cuatro años. ¡Flor modesta, flor menuda, pero de exquisita fragancia! Su vida fué laboriosa y utilísima: su carácter, tierno y generoso: su razon, serena y sosegada: su muerte, resignada y tranquila, como un tránsito, segun el lenguaje profundo, que se aplica á los justos.

Su hijo.... ¿qué habia de hacer? la lloró.... *como hijo*; y, sin apartarse del lecho un instante, le cerró los ojos, con su propia mano, lo mismo que á sus padres.

Santa memoria la de esta mujer. Yo la bendigo. De cuanto dije puedo dar testimonio. Aquella manecilla que asía su ropaje, para no dejarla ausentarse de la casa paterna, es la mano que esto escribe. Y los ojos, que presenciaron aquella tranquila agonía, son los mismos que ahora vierten sobre esta página una lágrima dulce y triste, al evocar su queridísima memoria.

C. M. PERIER.

EL MAL-HUMOR.

I.

Aversion habitual ó accidental á todo acto de alegría y aun

de urbanidad, es la definicion que da el Diccionario de la Academia á esta disposicion desabrida del espíritu, que todos, más ó menos, experimentamos mejor que definimos. Parécenos el texto de la Academia poco claro á fuerza de querer ser harto castizo y elevado.

Ya que el plural de *malos humores* se aplica á la materia y en un sentido patológico son las sustancias que corroen y envenenan el organismo de nuestro cuerpo, creemos que el singular de *mal humor*, ya que es costumbre aplicarlo á la disposicion moral del espíritu, deberia definirsele por *pequeños é irreflexivos movimientos de ira*. Sin que pretendamos en lo más mínimo poner nuestra modesta ignorancia en competencia con la ilustracion de la Academia, nos parece que muchos no comprenderán la definicion de los sábios de la calle de Velarde, pero que todos sentirán por esperiencia propia la exactitud de la nuestra; esperiencia que habrá sido algunas veces penosa y quizás trascendental hasta el punto de suscitar nos luego remordimientos.

La agitacion de emociones que nos produce la fiebre de la civilizacion, á medida que progresa y se engrandece; el anhelo de impresiones buenas ó malas, gratas ó ingratas, alegres ó tristes, que trae consigo el torbellino de la vida de la sociedad moderna, alteran con frecuencia la serena normalidad de nuestra alma y, al presentarnos continuas aunque pequeñas contrariedades, hacen brotar movimientos de ira y de impaciencia, pequeños tambien, pero que pueden producir consecuencias funestas.

Nuestro egoismo, indulgente para las faltas propias, nos absuelve de esta tan solo con darla el calificativo vulgar de *mal humor*, pues á nadie se le ocurre pretender que el hombre, salvas excepciones de rara perfeccion, haya de conservar una perpétua placidez de espíritu; pero esa absolucion encierra un error, natural en quien es juez inevitablemente parcial de sus propios actos.

En efecto; el *mal-humor* es, por de pronto, la antítesis de la benevolencia para con los demás hombres, y donde falta la benevolencia queda abierta la puerta del corazon á todas las pasiones y movimientos malos de nuestra alma.

Además, la ira es ciega porque no razona, y sus impulsos, aunque sean de ira pequeña y pasajera, pueden, por efecto de esa misma irreflexion, producir males grandes. Bien sabido es que la simiente chica produce árbol corpulento, y que casi todo

lo grande que hay en el órden físico y en el moral, puede dimanar de orígenes muy mezquinos.

Hombres hay que serian indudablemente incapaces de dar una puñalada, aun en momentos de grandes iras; pero que en los arrebatos de iras pequeñas representadas por el estado de *mal-humor*, son capaces de decir una palabra dura y ofensiva, palabra que si recae en persona desventurada ó sobrado susceptible, puede serle tan fatal como lo sería físicamente la puñalada.

Y no se trata solo de palabras: hay tambien hechos, obras sugeridas por el *mal-humor*, que, sin la influencia de este, nos parecerian repugnantes y censurables y que, sin embargo, se realizan, porque ese mal humor nos hace momentáneamente malos ó nos priva por el momento de la razon. Nosotros hemos sostenido siempre que la sociedad respira una especie de atmósfera de locura, cuyos efectos, mayores ó menores, alcanzan á todos; á unos de un modo permanente que son los declarados dementes, y á otros á ráfagas transitorias que solo oscurecen la claridad de la razon sobre determinados objetos ó en momentos dados. A esa clase pertenecen las pequeñas iras.

Cuando estas ejercen sobre el hombre su influencia, ¡de cuántas cosas censurables es ya capaz y responsable! ¡Qué manantial de remordimientos reserva el *mal-humor* para despues que deje de influir! Y si no aparecen esos arrepentimientos, ¡desdichado del que no los experimenta, pues será prueba fatal de que el *mal-humor* ha dejado de ser pasajera nube maléfica y se ha convertido en atmósfera permanente que todo lo envenena!

Inútil es presentar ejemplos en esto; todos los hemos tenido elocuentes: basta que apelemos á la memoria, trayendo ante el tribunal de la conciencia serena y tranquila nuestros propios actos cuando han sido impulsados por movimientos iracundos.

Sin embargo, nos parece que tampoco será inoportuno ofrecer un ejemplo práctico de esto mismo; que á veces lo que se ve en cabeza ajena convence mejor que lo que siente uno mismo, porque en lo ageno no tenemos generalmente para atenuarlo las complacencias de nuestro juicio indulgente casi siempre para los actos propios de cada uno.

El ejemplo que vamos á presentar no es ficcion en su esencia: recordamos haberlo leído hace algunos años en un periódico francés, que ni siquiera recordamos cuál era. Y va de historia.

II.

Por un camino de hierro que conduce á París, corria veloz un tren arrebatado por esa especie de mónstruo de vapor que la industria moderna ha creado bajo la forma de locomotora.

Al llegar á la estacion de R... próxima ya á la gran capital, el tren se detiene lentamente y se da el grito previsor de *Trois minuts d'arret*. Una viajera se asoma á la ventanilla del coche, y viendo al Jefe de la estacion, se le queja á gritos severos de que el farol del coche se ha apagado.

El empleado, indiferente ó preocupado en aquel momento, la mira y no la contesta ni la hace caso: la señora se irrita y le increpa con palabras nada dulces para que dé razon de aqueila falta. Entonces el empleado, en cuyo semblante hay algo tétrico y mal-humorado, la responde bruscamente que él no es encendedor de faroles. La señora, al ver esto, monta en cólera, y no pudiendo desahogarla, porque el tren se pone en marcha, la reconcentra en sí misma, no para sofocarla con la razon y con un espíritu de indulgencia benévola, sino para convertir la ira grande en ira pequeña ó *mal-humor*. Bajo esta impresion llega á París.

Allí, lejos de distraerse con los incidentes de fin de viaje, el *mal-humor* la persigue y la induce á pedir el libro de reclamaciones, en el cual escribe su queja contra la grosera desatencion del pobre empleado. Era una señora distinguida y muy conocida en París: su firma no podia quedar desatendida.

III.

La marquesa de S... era una persona virtuosa, apreciable en familia y en sociedad, y de excelentes sentimientos cuando estaba tranquila; pero sujeta á pasajeros arrebatos de carácter, cuando algun incidente alteraba la serenidad de su espíritu. Era hasta benéfica y compasiva con los pobres, á los cuales solia visitar y socorrer personalmente.

Además de hacerlo así por verdadero espíritu de caridad, lo hacia tambien por estudio de reforma de sus propios defectos; pues tratando de dulcificar su carácter, habia observado que el desabrimiento y el mal-humor se templaba y cambiaba en benevolencia, cuando en la boardilla de un pobre, en la enfermeria de un hospital ó en la sala de un asilo presenciaba grandes mi-

serias soportadas con resignacion grande tambien. Entonces se arrepentia de su irritabilidad en las contrariedades pequeñas de la vida, y se proponia corregir su defecto, comprendiendo que era una ofensa al claro talento y una injusticia el tomar como motivos de enfado faltas tan pequeñas, sin considerar la situacion interior en que se hallaban quizá los que las cometian.

Esta tarea iba produciendo sus buenos efectos y enmendando las imperfecciones del carácter de la marquesa. Un suceso inesperado, una combinacion providencial, completó la obra, porque le presentó una víctima deplorable de su *mal-humor*.

IV.

A los tres meses de su llegada á París, la marquesa de S.... fué á visitar á una familia pobre que le habian recomendado como muy merecedora de su caridad por la miseria espantosa en que se hallaba. En efecto, al entrar en la casa la marquesa acompañada de su doncella, quedó aterrada del espectáculo que se ofreció á su vista.

Era un cuarto-despensa de una cocina pobre, donde solo habia un jergon y un cofre, y que por caridad habia sido cedido á la familia de Gustavo Alfert, que así se llamaba el pobre. Allí dormia éste con su mujer y una niña de cinco años; allí vejetaban en la mayor pobreza; allí morian lentamente los tres, faltos de aire respirable, de alimento, de abrigo y de salud; allí habia empezado la muerte por arrebatarse otra niña de diez años, ángel precioso que, segun decia llorando su pobre madre, habia al menos recibido con algun decoro la Santa Eucaristía; pues la familia de artesanos que le tenia cedido aquel estrecho cuartucho habia permitido que, para recibir el último Sacramento cristiano, se colocase á la niña moribunda en el cuarto inmediato, donde, despues de aquel acto imponente, habia espirado sin agonía. Así lo contaba la pobre madre con tierna y dolorosa sencillez.

La marquesa, conmovida con este relato, se sentó en el cofre, único asiento de aquella especie de panteon de criaturas vivas, y empezó á hacer preguntas sobre los antecedentes y causas que habian traído aquella familia á tal estado de infortunio.

—¡Ah, señora! —contestó Gustavo; —lo peor es que toda esta miseria, toda esta situacion horrible, me la he causado yo mismo por un raptó de *mal-humor*.

—¿Es posible? Explíqueme V. eso.

—Yo era empleado de ferro-carril: tenia un sueldo modesto, pero suficiente para mantener á mi mujer y dos niñas, y los cuatro viviamos felices. Una noche mis dos hijas se pusieron casi al mismo tiempo enfermas de gravedad, al parecer, pues se les presentaron los primeros síntomas de unas fiebres malignas que desolaban el país. Envié á buscar un médico, que se excusó de venir porque la noche estaba lluviosa: llamé á otro; y mientras venia, recordé que no tenia dinero alguno ni aun para comprar las medicinas que recetase, porque estábamos á fines de mes y habia yo sufrido un descuento en el sueldo del mismo. Todo esto me tenia lleno de impaciencia y de dolorosa preocupacion, cuando llegó el tren-correo, y una viajera (¡Dios la perdone!) me llamó desde el coche y me dió una queja algo fuerte sobre haberse apagado el farol. Dicen que la respondí con groseria: es posible: yo no lo recuerdo, porque solo pensaba en mis pobres hijas enfermas y en mi bolsillo vacío. A los pocos dias cayó sobre mí una gran desgracia: fuí separado de mi destino y se me dijo que esto habia sido por una reclamacion violenta de aquella señora, que la direccion del ferro-carril atendió quizá con sobrada severidad. Entonces recogí mi modesto ajuar y me encaminé á esta gran ciudad con mi mujer y mis niñas, aún convalecientes. Aquí supliqué á mis jefes y fuí desatendido: busqué otra colocacion ó trabajo material y no lo encontré; llegué á pedir limosna, y solo recogí indiferencia y desprecio; caí enfermo, agoté mis recursos, vendí ó empeñé cuanto tenia, me recogieron aquí por caridad, ví morir á mi pobre hija, quizá de miseria, y ahora ya casi no siento nada á fuerza de tanto sentir, y casi deseo la muerte para descansar de tantos trabajos.

—¿Dónde y cuándo ocurrió ese suceso del ferro-carril? preguntó agitada la marquesa.

—En la estacion de R.... respondió el pobre: yo era el jefe de ella: el dia 23 de Octubre.

A estas palabras sucedió un silencio profundo. Gustavo permanecia abatido; su mujer sollozaba; la marquesa estaba aterrada.

En el relato de aquel infeliz, habia visto su propia historia, veia allí á la víctima de su *mal-humor*, y ¡qué víctima!... Su corazon se destrozaba al contemplar su obra; abarcó con una mirada toda aquella miseria, todas aquellas desgracias, la trasformacion de la familia feliz del jefe de estacion de R... en

la familia desventurada que tenia ante sus ojos; aquella niña muerta quizás de hambre, aquellos padres que solo sabian llorar y solo deseaban morir sin tener ni una palabra de rencor contra la autora de sus desventuras!...

La marquesa se cubrió con las manos el rostro bañado en lágrimas, cual si temiera que aquel infeliz la recordase y la pidiese cuentas de su desgracia: torrentes de ternura, de dolor, de compasion y de caridad reparadora inundaron su corazon, que era bueno, y Dios debió perdonarle en aquel momento su falta de benevolencia ante lo inmenso de su arrepentimiento.

Gustavo y su mujer, no sabian qué pensar de aquel silencio solemne y de aquellas lágrimas. La marquesa logró al fin reponerse algo de su emocion, y les dijo con acento conmovido:

—Ha dicho V. que un movimiento de mal-humor suyo, le produjo su desdicha actual. No, amigo mio. Sea V. justo, como es V. bueno. El mal humor de V. estaba harto disculpado por la situacion angustiosa de aquel momento. El que no tiene disculpa es el de la señora que venia viajando tranquilamente y sin penas que la excitasen. Perdónenla Vds., sin embargo, diciendo, como Jesucristo en la cruz, que no sabia lo que hacia. Quizás esté arrepentida ya, y de seguro si viese este cuadro que yo veo, lloraria con lágrimas de sangre la intemperancia de su carácter. Yo quiero considerarme su representante y en su nombre me encargo de reparar los efectos de su falta de caridad.

V.

Con exceso de ella, cumplió en efecto la marquesa su generoso propósito. Constituyóse en fervorosisima protectora de aquella familia; la trasladó á otra casa, la habilitó de todo, la cuidó con el mayor cariño y hasta logró reponer á Gustavo en su antiguo destino de jefe de la estacion de R.

El dia que condujo allí á la familia, y la dejó instalada en su habitacion, mejorada y embellecida previamente por sus cuidados, dijo al marcharse:

—Gustavo, ¿ha perdonado V. ya de todo corazon á aquella viajera iracunda?

—Ah, señora, con toda mi alma: he hecho más; la he olvidado, ¡cómo me he de acordar de una señora mala, cuando he encontrado en V. otra tan buena!

La marquesa se separó conmovida de aquella familia, restituida á la felicidad por sus cuidados, y continuó visitándola con cariño todos los meses en un día marcado, que nunca olvidaba.

Los amigos de su intimidad, observaron el cambio que se habia operado en su carácter, antes tan propenso á pequeñas irritabilidades, y ahora siempre benévolo y bondadoso. Una amiga de más confianza se atrevió un día á pedirle cuál era el talisman que le servia para corregir sus raptos de *mal-humor*.

La marquesa por toda contestacion, sacó de su dedo una sortija de oro y la enseñó á su amiga. En la parte interior estaba grabada la inscripcion siguiente: *Estacion de R... 23 Octubre 1869.—Recuerdo memorable!*

FAUSTO.

SOCIEDADES COOPERATIVAS

EN INGLATERRA Y EN BÉLGICA.

(Conclusion.)

»M. D'Andrimont, á quien debemos los datos anteriores, ha dicho: «Cuando los artesanos que trabajan por su cuenta, zapateros, sastres ó ebanistas, necesitan primeras materias para su oficio, se ven obligados á recurrir á comerciantes al por menor, que venden mucho más caro que en los almacenes en grande. La ganancia realizada por estos intermedios asciende á un 30, y hasta un 50 por 100 del precio de la mercancía. En estas condiciones es casi imposible que los artesanos puedan luchar con los establecimientos antiguos que gozan de un gran crédito, y que se proveen en grande de primeras materias. Para salir de esta situacion desventajosa, el artesano que trabaja por su cuenta puede proporcionarse el capital necesario y dirigirse á los comerciantes en grande. Tal es el resultado obtenido con la creacion de los bancos populares.»

El impulso hoy está dado; íntimos lazos unen entre sí á nuestras sociedades populares, y esperamos firmemente que en adelante cada año comprobaremos nuevos progresos realizados por todas partes en el campo fecundo ámpliamente abierto á la emancipacion de nuestras poblaciones trabajadoras.

»Las sociedades cooperativas de consumo, no han tenido tan buen éxito en nuestro país. Primero, por falta de capitales para establecerse en condiciones ventajosas, de gerentes con inteligencia y abnegación, y sobre todo, por la oposición porfiada, ciega, del espíritu de rutina. La malevolencia, los clamores interesados de los vendedores al por menor, amenazados de perder su pequeña parroquia, no han contribuido poco á determinar la ruina de las sociedades de consumos fundadas en Bruxelles, Liege, Verviers y Gand. Una de las que mejor han vencido todos los obstáculos, se halla establecida en Grivegnée, cerca de Liege. Constituida hace diez años por 37 obreros, no teniendo más que un modesto capital de 1.200 pesetas, hoy cuenta 250 asociados, en posesion de un capital de 22.000 pesetas, con más una reserva de 6.000 tomadas de las ganancias y de la cuota de entrada. Las contrataciones ascienden anualmente á 200 000 pesetas y además del interés del capital impuesto, por razon de beneficio en las compras, dá á los asociados 6, 7 y hasta 8 por 100.

»Entre las demás sociedades cooperativas de la misma clase, fundadas hace algunos años, debemos citar *La Sinceridad* d'Ennoal, y el grupo constituido en las explotaciones mineras de Mariemont, con objeto, dicen los estatutos, de comprar por mayor y vender por menor los artículos de primera necesidad, como harina, telas, etc., etc. Las ventas anuales de este grupo, que tiene unos mil asociados, suben de 250 á 300.000 pesetas.

»Las sociedades de producción, principian en Bélgica: hay solamente tres establecidas en Bruxelles. La más antigua es la *Imprimerie Bruxelloise*; las otras dos, de fundación reciente, son las asociaciones de edificadores y fabricantes de carteras. Es difícil preveer por ahora su resultado. Para que las sociedades cooperativas lleguen á constituirse sobre amplias y sólidas bases, nos parece necesario que los bancos populares y las sociedades de consumo hayan funcionado algunos más con buen éxito, que el obrero haya comprendido bien y aprovechándose de sus ventajas, que haya podido vivir más fácilmente con la baratura de los artículos de primera necesidad, y sobre todo, y auxiliado por los bancos populares, haya podido adquirir, lejos de los grandes centros, un poco de terreno donde edifique el albergue de su familia. Este día brillará la luz para él y los suyos, y habrá seguridad de su cooperación activa y desinteresada para toda empresa bien concebida y cuyo objeto sea

producir asociados, los productos de la industria de que hasta allí no era más que un asalariado instrumento.

»Cuando por todos nuestros centros industriales y agrícolas se haya realizado este movimiento, se realizará sin perturbación ni desorden la revolución social tan amenazadora en nuestra época. Como lo hace notar juiciosamente el autor de las *Asociaciones de obreros en Inglaterra*, á medida que progresa el espíritu de asociación en la clase obrera, las tendencias y exigencias de estas sociedades se moderan. Comprende mejor la necesidad de respetar los derechos ajenos, el que aspira á que prevalezcan los suyos. Las asperezas se suavizan, el odio al capital es menos fuerte para el que se ha convertido en un pequeño capitalista, y se explica mejor entonces el atento cuidado que cada cual pone en conservar lo que posee.

»También debemos decir, que el obrero elevado á la categoría de cooperador, aprecia mucho mejor las ventajas de la educación y de la instrucción propia de su industria. Entonces no vacila en sacar el céntimo para la escuela, de las ganancias realizadas. Así es como del producto líquido del año de 1874, las sociedades cooperativas inglesas han dedicado 200.000 pesetas á la creación de nuevas escuelas, conferencias y bibliotecas.

»Nutridas con estos saludables principios las nuevas generaciones que salgan de las clases obreras, comprenderán mejor cada día los defectos de instituciones apenas bosquejadas. Los hijos del pueblo desarrollarán sus aptitudes, rectificarán sus instintos y sus pasiones, y podrán caminar sin caer, por las nuevas vías abiertas por la ciencia y la humanidad.»

H. M.

EL SEÑORITO IMPROVISADO.

Pues, señor, habia en un lugar, que no se va nunca de mi memoria, un padre de familia, trabajador como pocos, y maestro albañil por más señas. No era solo en las tareas casi continuas de su oficio en las que se afanaba, sino también en las del cultivo de algun pequeño terreno que tomaba en arrendamiento y de algun otro más pequeño, que llegó á comprar, andando el tiempo, con el fruto de sus diarias economías.

En los lugares, á diferencia de lo que sucede en las ciuda-

des populosas, los oficios y las faenas andan mezclados, y no es raro ver á un albañil ó á un herrero manejar el azadon, como se vé á sus mujeres apartarse del telar ó dejar la calceta para acudir á la lumbre del hogar á dar vuelta á la olla y al puchero y sazonar el condimento de la comida. Con esto, que es harto diferente de lo que pasa en los grandes talleres y fábricas de las capitales, dicen los entendidos que gana mucho la moral de las familias y la *economía doméstica*; y que hay que trabajar todo lo que se pueda para que esta se entienda y se ponga en paz con esa señora tan encopetada y famosa que se llama Doña *Economía Política*. Hay también quien dice que esta señorona tan orgullosa, y un tanto ingrata por culpa de sus aduladores, no es ni más ni menos que una descendiente en línea recta de aquella persona recogida y modesta, á quien no place mover tanto ruido, aunque se afana á toda hora por el bien de la humanidad, no menos que su ostentosa nieta.

Pues, señor, el maestro Francisco obraba casas, armaba tejados, remendaba techumbres, cantareras y chimeneas, revocaba paredes, recomponia cercas y muros, asentaba paradas en las vertientes de las heredades; y para completar sus faenas en los dias de labor, acudia solícito y gozoso con su azada al hombro á dirigir por sí mismo el riego de sus azafranares, de su viña ó de su olivar, ó á barbechar la tierra, ó á plantar en ella, debajo de las frondosas ramas de sus cuidados olivos, las cebollas, melones ó patatas, deliciosa y excelente provision de su modesta y laboriosa familia.

Todos los domingos iba por la mañana á la misa mayor, y por la tarde á la plaza pública, en donde distraia aquel ocio semanal único, viendo y oyendo lo que pasaba y contratando los nuevos trabajos de la semana siguiente.

Todo iba bien en la casa limpia y cómoda y en la hacienda, pequeña pero productiva, del maestro Francisco. Su mujer ó la hija mayor, llevábanle diariamente la frugal y abundante comida al lado de las tejas y ladrillos de la obra en que trabajaba, ó debajo de los olivos y junto á las patatas, en cuyo cultivo tanto y tan útilmente se complacia. Despues de comer toda la familia congregada, íbanse de nuevo las mujeres á seguir entendiendo en los menesteres de la casa, y quedábanse los muchachos, cada cual, segun su edad, ayudando en el oficio de albañil ó en los cultivos del campo á su padre, ó recogiendo yerbas, ó llevando y trayendo á pastar á algun retozon corderillo, que luego en el corral y establo era, con el gruñon cerdo, el

arrogante gallo y las alborotadoras gallinas y algunas palomas revoloteadoras, la alegría de la casa y la esperanza de Navidad.

Pero al tío Francisco le faltaba alguna cosa, y sobre todo, á su esposa Inés. Lo que les faltaba al maestro albañil y á su mujer (un tanto, aunque no mucho, ambiciosa y vanidosilla) era tener en su casa algo más que la misma casa propia, el olivar y la viña de su pertenencia, el azafranar arrendado, las patatas y algun trigo en el granero, una borriquilla, el gozquecillo *Morrin* y el borrego, amigos íntimos, en el establo, el cochino, el gallo, las gallinas y las palomas, amen del ajuar completo, aunque modesto, de vestir para las personas, y el menaje tosco y durable para la casa: en una palabra, les faltaba..... *un estudiante*.

A todo esto los hijos habian crecido; y ya eran zagalas airoosas las dos muchachas, Antonia y Dolores, y robustos mancebos dos de los chicos, Juan y Pedro, que por cierto aliviaban á su padre en todas las tareas más rudas y pesadas. El tercero, Andresillo, era por entonces el encargado de apacentar al retozon cordero y á la borriquilla, tambien íntimos amigos suyos, como ellos lo eran entre sí.

—¡Qué lástima de criatura! le decia cierta mañana de un día festivo al maestro Francisco su mujer. ¡Qué lástima, no poder darle estudios! Mira como mi prima Antonia ha enviado á estudiar á su hijo Santiago.

—Pero, mujer, no todos han de ser estudiantes. Además de que eso no es para nuestra costilla, ni sabemos si el chico, que sirve muy bien para seguir un oficio como todos los de su clase, tendrá dura la mollera para meterse en estudios.

—¡Si pensarás tú que Santiago es más despierto que nuestro Andresillo! Y en cuanto á mi prima ¡no sabes lo apurados que están! Pero han hecho un esfuerzo por el bien de su hijo, y porque tengan luego un segundo padre los demás.

—¡Ya! ¡si eso fuera!... menos mal. Aunque uno se lo quitara de su comer y de su vestir para ellos, ahí se lo encontrarían despues. Pero si el muchacho sale holgazan ó lerdo, y se envicia ó se pervierte, como les pasa á tantos, entonces ¡hemos hecho un pan como unas hostias! Poca lana y entre zarzas. Y, si por hacerle á él hombre, nos quedamos en la calle; y luego es un badulaque... Ya ves; la cosa es para cavilar y pensarla despacio.

—Pero, hombre, ¡qué desconfiado eres! El chico tiene buenas

inclinaciones y es nuestro Benjamin, ¡tan gracioso! ¡tan guapo! ¡tan aficionado á sus padres y á los papeles, que no se aparta de nosotros y va siempre delectando en las hojas del libro que tenemos en la cocina! Es menester que pienses en esto, Francisco.

(Se continuará.)

LA MUERTE Y EL SUEÑO.

El ángel de la muerte y el del sueño recorrían el mundo.

Una noche se detuvieron sobre una colina, cercana á la habitacion de los hombres. Una dulce calma reinaba en todas partes; hasta el sonido de la campana callaba en el vecino lugar.

Plácidos y silenciosos, como de costumbre, los dos espíritus habian permanecido abrazados hasta aquella hora.

Entonces el mayor de ellos se levantó y con tierna mano esparció las semillas invisibles del sueño.

El vientecillo vespertino las trasportó en sus alas á la habitacion pacífica de los cansados aldeanos, y un dulce letargo descendió sobre ellos, lo mismo sobre el anciano abrumado por los años, que sobre el sonrosado niño que descansaba en la cuna.

El enfermo olvidó de nuevo sus dolores, el alma inquieta sus pesares, los pobres sus afanes, y entonces, como en el reino de los cielos, el humilde fué superior al poderoso, disfrutando un sueño tranquilo, vedado á la ambicion y al remordimiento.

Cumplida aquella tarea, el ángel del sueño se volvió hácia su grave hermano y le dijo con alegría inocente: «Cuando despunte el dia, la humanidad me alabará como su amigo y bienhechor. ¡Qué grato es poder hacer el bien en silencio! ¡Qué felices somos nosotros los mensajeros invisibles del Buen Espiritu! ¡Qué bello es nuestro apacible deber!»

Así habló el ángel del sueño.

El ángel de la muerte fijó en él una mirada dulce y melancólica, y una lágrima, como las que vierten los seres inmortales, brilló en sus grandes ojos oscuros.

—¡Ah! dijo, pudiera tambien yo, como tú, gozar el placer del reconocimiento. ¡El mundo me llama su enemigo y turbador!

—¡Oh! hermano mio, respondió el ángel del sueño. En la resurreccion, ¿no te reconocerá el hombre de bien por su amigo y bienhechor, y no te bendicirá con gratitud? ¿No somos nosotros hijos de un mismo Padre?

Mientras hablaba así, los ojos del ángel de la muerte brillaban con una luz celeste, y los dos espíritus fraternales se abrazaron con nueva ternura.

(Traducido del italiano.)

E. M.